

*En Laendyell, capital del reino élfico de Aquedëllenyar, dos jóvenes de igual valía y nobleza, marcados por sus circunstancias y los intereses familiares, tendrán que decidir si dejarse arrastrar por lo que se espera de ellos o elevarse por encima del orgullo.*

Los jardines de palacio eran hermosos y más en esa noche, la del Equinoccio de primavera que marcaba el final y el principio de año. Los caminos de grava estaban iluminados por antorchas para alejar la oscuridad y ofrecer a los paseantes una imagen señorial. A lo lejos se podía ver el resplandor de las hogueras. La suave brisa, que poco a poco se desembarazaba de sus mantos invernales, traía el rumor de la música que, tanto dentro como fuera de palacio, se había apoderado del aire.

Era una noche de celebración y alegría, mas en su corazón solo existía refugio para meditación. Su familia, los Ryll Luorell, le había llamado la atención sobre sus modales, decían que se debía de esforzar en dulcificar su aspecto. Y esto la preocupaba.

Si bien, no era un modelo del estilo cortesano, ella se sentía bastante cómoda con su atuendo sobrio y sus modales directos y francos. Había accedido por darles gusto y vestir un traje bastante llamativo, para lo habitual en su vestimenta, pues la ocasión lo requería. ¿Pero cuál era el motivo de la inusitada insistencia? Había una razón que no le había sido desvelada, pero que intuía.

Nunca había sido tema de disputa. Su forma de actuar era la adecuada dada su profesión. Dentro del ejército era un mando eficaz y los soldados a los que dirigía en el campo de batalla confiaban en ella. Eso era lo que le importaba. No les molestaba que su comandante no flotara cual damisela envuelta en un aura de candor incomparable.

¿A caso querían apartarla de la carrera militar y convertirla en

cortesana? Era absurdo. Su hermana mayor Kynaynell era perfecta para desempeñar esa función y su hermano menor Kylerath sería el heredero del título y el responsable de guiar a la familia. La opción más lógica es que pensarán que había llegado el momento de contraer matrimonio. Y eso la inquietaba por una cuestión de la que no podía abstraerse y que temía que estuviera relacionado con el repentino interés de los suyos.

La princesa Ellenya, heredera al trono de Minenyar había conversado con ella no hacía ni dos horas. Había sido muy cortés dada su preeminencia. La alianza entre Aqüedellenyar y su Reino como antaño se había ratificado. Con su presencia y la de su hueste, la princesa no hacía más que demostrar la buena voluntad de los reyes de Minenyar en estrechar los lazos entre las dos tierras élficas, en esa terrible guerra que hacía décadas assolaba a su pueblo. Su auxilio era bienvenido sin duda alguna.

La princesa le comunicó que partiría junto con ella y el caballero Zaraidim Agrandill entre otros, hacia el frente, esa misma noche para dar cumplimiento a su palabra; noticia que recibió con agrado. Mas cuando hablaron sobre esa cuestión el tono de Ellenya sufrió un leve cambio en su tono de voz. Añadió algo que le hizo cuestionarse el verdadero motivo del encuentro.

*“- Desde hace mucho tiempo que a Aqüedellenyar y a sus gentes los llevo en el corazón. Me une a ellos un compromiso.”*

Y era evidente que no se refería al pacto entre los dos reinos. Parecía un comentario inocente, sin embargo, su expresión corporal lo desmentía. Había rumores en la Corte que aseguraban que los Agrandill estaban interesados en casar a su primogénito Zaraidim con la princesa. No les había dado mucho crédito, hasta ese momento.

¿Acaso la princesa Ellenya de Minenyar la veía como un obstáculo para realizar sus deseos y por ello quería aclarar que el Caballero estaba comprometido? ¿Acaso su familia pensara que ella, Kythaynell Luorell Ryll podría hacer algo al respecto? Era inquietante. Ella de ninguna forma sería objeto de exhibición, cual res expuesta en una feria.

La presión familiar la incomodaba, y la falsedad y las intrigas cortesanas no le atraían de ninguna forma. Así pues decidió retirarse a un ambiente más sosegado para meditar estos dos acontecimientos, con la esperanza que no tuvieran relación alguna.

- Buenas noches, Dama Kythaynell - dijo Zaraidim mientras hacía la reverencia de rigor, con un tono nervioso y apresurado-

- Buenas noches nuevamente, Comandante Agrandill - correspondió al saludo de igual forma, aunque más pausada y tajante, ya que en palacio se habían saludado con sus respectivas familias presentes -.

- En unas horas partiremos... - el atropello en sus palabras no era habitual en él: Era decidido y parco cuando se trataba de asuntos militares. Asintió como única respuesta. Era una afirmación obvia y nada más se podía añadir a ella. Se quedó plantado en frente de ella durante unos instantes. La situación la perturbaba enormemente pues su dubitación le era del todo incomprensible, además de estar los dos solos sin compañía, así que decidió ponerle fin.

- Nos veremos, Vuestra Merced, en el puerto, lo tengo todo dispuesto; si me disculpa... - dio unos pasos para alejarse de allí lo antes posible -

- Esperad, os lo ruego... desearía hablar con usted en privado antes de marchar, si me lo permite...

Se giró inmediatamente para encararse a su interlocutor.

- No tengo la facultad de hablar de forma delicada sobre los asuntos que le quiero exponer... - hizo un gesto negativo como si no le gustara las palabras que salieran de su boca y le costara formular oraciones coherentes. Clavó sus pupilas en las suyas cobrando decisión - la amo fervientemente. Mi admiración por usted se ha incrementado con el paso de los años, ignorarlos ha sido en vano y la lucha contra estos sentimientos es imposible e infructuosa - Se aproximó lo suficiente para tomarle la mano - Acepte mi proposición de matrimonio.

La incredulidad y la sorpresa se manifestaron en su rostro. Quedó

muda de asombro. Los latidos en su pecho aumentaron el ritmo y sintió una extraña sensación en la boca del estómago.

- Sé, señora mía, que nuestras familias están enfrentadas en las arenas políticas. Y que los Agrandill podrán el grito en el cielo con mi elección y el deseo de unir a los Ryll a nuestra familia. Pero no me detendrá las inconveniencias ni un segundo más. Dejaré a un lado las expectativas en mí puestas de un buen matrimonio y os desposaré como me dicta el corazón en el que la lógica no tiene cabida.

Parpadeó para asimilar la disertación que había hecho cuyo matiz revelaba una gran lucha interior entre el deber y el deseo personal. Sin embargo, este arrobamiento no ocultaba el trasfondo del mensaje que terminó por sobreponerla de su estupor. Así que tomó aire y escogió las palabras cuidadosamente para no caer en la descortesía, atajando la ira que había despertado sus veladas ofensas contra su persona y ascendencia.

- Le agradezco vuestra proposición y la franqueza con la que me la ha expuesto, Caballero Agrandill. Vuestras cuitas llegan a su fin – le soltó la mano – Si la lógica y la razón le han abandonado, me veo impelida a ser quien le de nuevas fuerzas para que no caiga en tal locura y restablezca su sentido común. No seré yo quién le haga incumplir con la palabra dada y su honor. Idos sin pesar con mis mejores deseos de felicidad.

- ¿Me contestáis que no para que mi honor quede intacto? – se le atragantó la pregunta que más deseaba ser contestada “¿O porque me detesta?” – que quede mi honor en entredicho es una elección propia. ¿Hay otro motivo por el cual deba ser rechazado sin ni siquiera dudar? – el orgullo herido era un mal compañero para estos lances, lo sabía. Pero la negativa había desbaratado en segundos su ofrecimiento y no esperó tenerse que enfrentar al rechazo.

- Vuestra merced, no le empujaría a un mal matrimonio, con una esposa inferior a sus posibilidades, del que se arrepienta cuando recobrase usted la razón – por supuesto que lo decía con sarcasmo. Nunca podría tomar a un esposo que la considerara menos. No sería una esposa subyugada

por el ego de los Agrandill - Esos mismos inconvenientes que le han estado reteniendo, estarán ahí cuando esta aparezca.

- Creo que está mal interpretando apropósito mis palabras...

- Y yo creo que sus palabras han sido cristalinas como el agua. Pues solo me cabe pensar que sufre usted un episodio transitorio de enajenación, ya que claramente mi familia le desagrada y que me considera muy por debajo de sus expectativas. No se preocupe le dispenso del mal trago que sería que un Ryll entrara en su *majestuosa* familia.

- Entiendo... - sus injurias se clavaron como puñales emponzoñados de resentimiento, en su ánimo. Y necesitaba, exigía, saber que le había hecho merecedor de tal humillación - sin embargo, me gustaría saber a qué viene tanta crueldad en su respuesta y que hable con sorna de mí y de mi familia cuando en ningún momento he nombrado a la suya, a pesar de todo. -

-“¿A pesar de todo? Petulante, arrogante y estúpido elfo”- pensó Kythaynell. Esta afirmación fue la gota que colmaba su paciencia y que daba rienda suelta a su iracunda réplica - Solamente le he correspondido con la misma gentileza que me ha brindado, vuestra merced. Su falta de tacto y su excesivo orgullo, común a vuestra ascendencia, han sido suficiente para excusar mi falta de cortesía. No la ha insultado manifiestamente pero en su diatriba ha demostrado que tilda a mí y a los míos de inconvenientes, de inferiores, a pesar de ser Grandes al igual que los Agrandill. No se preocupe, estoy de acuerdo con usted: una unión con los Agrandill sería del todo inconveniente para mí, ya que tendría que renegar de mi familia y admitir la *excelencia* de la vuestra sin rechistar, a pesar de todo...

- Ya que habla usted con franqueza, hablemos pues en sus mismos términos. Nunca he dicho que los Ryll sean de estatus inferior, eso lo ha dicho usted tergiversando deliberadamente lo que he dicho. Usted no es de desmerecer pero la alternativa es superior, y en eso me tiene que dar la razón. ¿Inconveniente? Indudablemente. Los Ryll han protagonizado escándalos que no se habían visto antes en Aqüedellenyar: Su hermana mayor huyó de la familia para casarse con un humano, la desheredaron por

ello. Y su hermano menor renunció a su apellido, a su reino y a su estatus para ingresar en una secta. En ambos casos su familia ha cedido ante estos atropellos contra el sentido común. Y a pesar de estos inconvenientes que a cualquier noble podría hacerle desistir, yo le he hablado de mis sentimientos y del deseo de que sea mi esposa. ¿Y que recibo? No solo una negativa sino también escarnio. Me arrepiento del error, grandísimo error...

- Siento que haya tenido que mancharse los pies de barro al bajar de sus alturas, vuestra merced. Permítame, vuestra *señoría*, hablar sobre las certezas: Sí, mi hermana Kynell se casó con quien amaba sin mirar lo que su familia, ni la sociedad esperaba de ella – esta afirmación oprimió el corazón de Zaraidim y casi lo dejó sin aliento. Era lo que él mismo estaba dispuesto a hacer no hacía ni unos instantes - y mi hermano Kylerath el sectario, lucha a vuestro lado sin importarle su propia vida, a pesar de que esas personas que lo insultan y lo odian por sus creencias son las que intenta proteger a toda costa. Los dos son juzgados y sentenciados por nobles como usted que no se molestan en ver más allá de sus narices. Sí, desde su punto de vista son faltas muy graves; me alegro que el enajenamiento haya dado paso a un estado más acorde con su mente preclara, ¡demostramos gracias a los dioses! Usted tomará como esposa a la princesa, si los dioses así lo disponen, y quedará satisfecho. Ahora solo queda satisfacer mi deseo... – dijo llevando la mano a la empuñadura de su espada, con la intención de esgrimirla - hacerle tragar todas su palabras.